

# KONVERGENCIAS

FILOSOFÍA Y CULTURAS EN DIÁLOGO



**NÚMERO 22**

**Abril 2016**

**Buenos Aires  
Argentina**



**KONVERGENCIAS**  
**Filosofía y Culturas en Diálogo**

**Número 22**  
**Abril 2016**  
**ISSN 1669-9092**

---

**MARTÍN HEIDEGGER:**  
**LA PREGUNTA Y LA RESPUESTA<sup>1</sup>**

**BLANCA PARFAIT<sup>2</sup>**

---

<sup>1</sup> Se deja aclarado que no es la presente una exposición puntual del pensamiento heideggeriano sino, más bien, reflexiones hechas a la luz de su lectura (N.del A.).

<sup>2</sup> Profesora y Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Rosario. Doctora en Filosofía y Letras por la Universidad de Buenos Aires. Ha sido profesora ordinaria de institutos terciarios, entre ellos del Profesorado de Filosofía y Psicología de la Escuela Normal de San Nicolás (Provincia de Buenos Aires), y del Instituto Superior del Profesorado "Joaquín V. González" de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Se ha desempeñado, asimismo, como docente regular de la Universidad Nacional de Rosario y como profesora regular de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora y de la Universidad de Buenos Aires, donde tuvo a su cargo la cátedra de Fundamentos de Filosofía, en la Facultad de Filosofía y Letras. Su libro *La idea de la muerte en la filosofía y en el arte*, mereció el *Premio Nacional de Filosofía* en 1999, distinción otorgada por la Secretaría de Cultura de la Nación. Ha publicado además los siguientes libros: *Hombres e ideas (Filosofía y educación)*, *Los Temples de Occidente, Mito, arte y filosofía*, y *Los caminos del pensar*. Es el tercer título en el que señala al temple como el "color de la época", bajo el cual se muestra la vida con sus signos culturales, tanto en el mito como en el arte. En Enero de 2001 y en reconocimiento a su labor, fue distinguida con Diploma de Honor y Medalla de Vermeil por la *Société d'encouragement au progrès*, ceremonia realizada en el Palacio de Luxemburgo (sede del Congreso francés), en París. Es miembro de honor de la *Fundación Lillo*. Actualmente dicta cursos de postgrado en distintas universidades nacionales y trabaja en su próximo libro sobre temas de música y filosofía. Dirige el Archivo Filosófico Argentino, del *Centro de Estudios Eugenio Pucciarelli* de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. Lo aquí publicado fue originalmente editado en *Hombres e Ideas (Filosofía y Educación)*.

La diferencia entre ser y ente es uno de los temas que primeramente piensa Heidegger para, socráticamente, despejar el camino filosófico de Occidente.

El uso habitual no distingue ambos conceptos, simplemente, porque no los piensa. Sin embargo, la filosofía pregunta constantemente por el ser. ¿Acaso no ha sido usado este vocablo permanentemente y con propiedad? ¿Por qué, entonces, insiste Heidegger en él?

Según nuestro filósofo, el pensamiento de Occidente ha transitado por un camino de cornisa con respecto al ser ya que, preguntando por él, insistiendo en su esclarecimiento, ha caído constantemente en el ente. Esta desviación de sentido en la respuesta ha marcado el destino de Occidente ya que sus conceptos han sido acuñados según el pensar que erró al responder con el ente. Este error no lo ha sido a sabiendas, por supuesto, sino que el deslizamiento de la pregunta hacia una respuesta que la encubre forma parte de su historia.

Al preguntar los filósofos por el ser han respondido con un ente determinado. Así Platón responde a la pregunta con la Idea del Bien, ¿mas no es ésta el ente supremo? Lo mismo ha sucedido con Aristóteles o Hegel y también con Kant pues, al contestar por las condiciones de posibilidad de los objetos —por aquello que hace ser al objeto y presentar al sujeto como su fuente, también contesta con un ente—. Multiplicaríamos la pregunta y la diversidad de las respuestas nos señalaría un denominador común: un ente es siempre la respuesta. Es a esta confusión entre ser y ente, a esta labilidad del significado a la que es necesario desbrozar. Denomina el pensador alemán diferencia ontológica a la diversificación necesaria entre el campo del ser y el del ente. Insiste en distinguirlos, en discriminar, en remover la impronta gris que, sobre el pensar, ha dejado esta indistinción.

Teniendo a la vista esta diferencia podemos inquirir sobre el panorama del pensamiento griego que hemos esbozado al comienzo de este trabajo.

¿Cómo entendían los griegos el ser, es dable encontrar algún rasgo común? Para Heidegger los griegos comprenden el ser como la presencia de lo presente. Para ellos el ser se “ve”, está frente al hombre, **es idea**. La idea es a priori, es previa a la cosa, al ente, y si no la tenemos el ente no será nunca. Si no se tiene la idea del templo, éste nunca se concretará; su idea, su forma es anterior a su realización. Cuando el templo está terminado halla su perfección la idea del mismo. Así como la physis, la naturaleza, produce los entes, los ríos, las montañas, los campos, las lluvias, el hombre “produce”, a través de la idea, el templo. La diferencia entre el producir de la naturaleza y el producir humano está en que mientras la naturaleza es en sí misma la que causa sus propios entes, en el hombre la causa, que es él mismo, es distinta de su objeto, el templo. Pero en ambos el ser es lo que está presente<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Cfr. Danilo Cruz Vélez, *Heidegger y el porvenir de la filosofía*, Aproximaciones a la filosofía, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977.

En el pensamiento moderno, en Kant particularmente, el “producir” de los entes ya no servirá para la comprensión de los mismos. “Producir” la comprensión, comprender, en suma, significará sumar a las determinaciones espaciales y temporales las categorías que lo hacen posible; lo que así se “produce” es el horizonte de comprensión intelectual. “Producir” los entes significará haber encontrado la manera de tener un conocimiento cierto de ellos. Así “producir” no es hacer sino conocer. Es en este conocer que el hombre accede al objeto, lo hace patente en él.

### **Características espirituales de la contemporaneidad**

El espíritu del mundo actual es el resultado de una nueva concepción transformadora del hombre y sus relaciones que se gestó en la edad moderna. ¿Cuál fue ese cambio? Quisiéramos esbozar someramente las características del pensamiento moderno acudiendo a una comparación con la Edad Media. En ésta el hombre poseía ya —por revelación— la verdad. Si bien de ella podía haber diferentes interpretaciones —y de ahí las sutilezas verbales que sobrevuelan toda esa época— el hombre estaba en la verdad y la filosofía la transcribía. Mas en la edad moderna la verdad debe descubrirse, el hombre nada tiene en sus manos. Todo había sido arrasado, se debía comenzar de nuevo, y se debía hacerlo sin dudas, sin sospechas, buscando la seguridad y la certeza. El camino elegido en ese momento histórico —“el destino del ser”— fue pensar el mundo como imagen.

El hombre no estaba instalado en el mundo a la manera de los griegos -cual lazo simpático- ni tampoco, como en la edad media —la base de la interpretación era la palabra divina-. El hombre, sin mundo y sin dioses, forma la imagen del mundo <sup>4</sup>. Lo concibe como lo que está delante de él, como, de algún modo, su macroscópico espejo en el que estaban inscriptos los caracteres que podían descifrarse. Y esos caracteres ostentaban la particularidad de no ser cualitativos sino cuantitativos. El mundo se mostraba a través de lo que todos podían comprender sin que variara en lo más mínimo. Lo que era posible de ser transmitido, de ser comprendido y aprehendido por todos de la misma manera, se concibe como lo matemático, del cual el número es una forma de expresarlo. Lo matemático está, desde antes, en las cosas mismas, es lo evidente de suyo. Vemos lo que está presente a nuestro espíritu y al de los demás. Lo que está presente sin ser visible es el número, lo cuantificable, lo medible.

Que el mundo se vuelva imagen significa que está puesto delante para que lo examinemos —cual extraño objeto— al que de pronto advertimos que podemos comprenderlo y dominarlo porque hemos encontrado la clave que lo descifra y ella es lo matemático —en forma de lo numérico—. Así, lo que está en nosotros también lo encontramos en el objeto, lo matemático nos une. Sin embargo la imagen que del mundo tenemos nos fuerza a un paso más, no sólo podemos comprender el mundo, sino que, también, podremos

---

<sup>4</sup> Cfr. Heidegger, *Die Zeit des Weltbildes*, Holzwege, Klostermann, 1950. La época de la imagen del mundo, trad. de Alberto Wagner de Reyna, Santiago, Anales de la Universidad de Chile, 1958

dominarlo. El objeto está, así, en nuestras manos. Este descubrimiento es lo que llamamos modernidad. En él nos vemos reflejados pues la idea de lo moderno nos rodea por todas partes. Somos, tal vez, el ejemplo vivo de lo moderno entendido como ley, previsión, cálculo, cuantificación, producción. Empero, debemos añadir el matiz que caracteriza la producción de nuestra época ya que en nuestro momento histórico rige la imposición del espíritu técnico.

Lo que éste es podrá ser desvelado si preguntamos, en primer lugar, por la esencia de la técnica, ya que, hasta el momento hemos hablado de la técnica como producto cultural, pero no hemos indagado por su esencia.

“No hay nada demoníaco en la técnica, pero sí el misterio de su esencia”<sup>5</sup>.

¿Qué es aquello que hemos mencionado? Así como la esencia del hombre no es un hombre determinado, ni la esencia de la flor es una flor, tampoco la esencia de la técnica es algo técnico. Separamos, pues, dos ámbitos del preguntar e intentamos hacerlo deslindando la técnica de su esencia.

No debemos entender la esencia de la técnica en su carácter instrumental, no es caracterizable por ser sólo un medio o instrumento para..., sino que tiene el carácter de desafío o provocación e imposición (Ge-stell).

Es un provocar en tanto exige a la naturaleza y, al hacerlo, la transforma. “El desocultar que impera en la técnica moderna es un provocar (*Herausfordern*) que le exige a la naturaleza suministrar energía que como tal pueda ser extraída y almacenada. ¿Pero no vale ello también del viejo molino de viento? No. Sus aspas, por cierto, giran al viento, quedan inmediatamente entregadas a su soplo. Pero el molino de viento no abre las energías de la corriente del aire para almacenarlas... “La labor del campesino no provoca la tierra de labor. En la siembra del grano entrega la simiente a las fuerzas de crecimiento y vela por su desarrollo [...] La agricultura es ahora industria motorizada de alimentos f...] La explotación queda de antemano referida a explotar otra cosa, la impulsa hacia adelante hacia su mayor utilización posible con el menor gasto”<sup>6</sup>.

¿Cuál es la diferencia entre la central hidroeléctrica que está en el río y el puente? Ambos son productos de la técnica, pero mientras el puente deja ser al río, la central lo obstaculiza, lo requiere para su propio trabajo, le impone su propio ritmo y, por ende, lo modifica. ¿Es el mismo río el que canta el poeta y el que visita el turista? Mientras el poeta lo deja ser, el río que ve el turista sido ofrecido como un elemento más del viaje, como una curiosidad que no

---

<sup>5</sup> M. Heidegger, *Die Frage nach der Technik*, Pfulligen, Neske, 1954, trad. A. P. Carpio, *Época de Filosofía*, año I, nº 1, Barcelona, 1985.

<sup>6</sup> *Ibid.*

vende en la agencia de turismo. Distintos son, pues, los ojos que lo miran, el río del turista es un producto de la agencia de excursiones, está comprado como tal.

Empero sólo padecemos este espíritu, pues no está en nuestras manos el cambiarlo. La técnica es la forma de verdad de nuestra época, por lo que, de hecho, la conforma como lo que es.

Las épocas están alumbradas por lo que Heidegger llama “el destino del ser”, de modo que es él, en definitiva, el que las configura como lo que son. Llamar a nuestra época la época de la técnica sería sólo una determinación si ello no hubiera afectado la comprensión que el hombre tiene de sí.

Impregnado por la concepción de la tecno-ciencia no le es ya posible concebirse como una criatura divina, modernidad le ha impuesto su sello y el hombre se ha vuelto objeto de interpretación y dominio. La cuantificación se ha apoderado de él. El hombre se convierte en sujeto que calcula y domina la naturaleza, pero, al hacerlo, se convierte a sí mismo en mero sujeto. No se piensa como hombre sino como sujeto con su correlato el objeto. En ello estriba su grandeza pero también su miseria.

La grandeza está en los innumerables descubrimientos realizados por dicha concepción — de la cual son muestra los numerosos elementos cotidianos que nos rodean—; la miseria del hombre consiste en el ejercicio de un tipo de pensar hecho a imagen y semejanza de la modernidad, del pensar que sólo calcula y mide.

### **Dos modos del pensar**

El pensar es, para el hombre actual, no un hábito sino una rareza. Es ello así porque, si bien se menciona cotidianamente el pensamiento y se habla -y se recomienda- “hacer pensar”, lo cierto es que ello no acaece. Aunque, debemos precisar, corresponde aclarar la diferencia existente entre distintos tipos de pensar.

Según Heidegger dos son las clases del pensar: el llamado calculador y el reflexivo o meditativo. El pensar calculador, como su nombre lo indica, lleva en sí la impronta de su propio resultado, ya que, por anticipado, calcula, cuenta con adelantada respuesta —la que está potencialmente encerrada en sí—. Con ello queremos significar que toda planificación, toda estrategia de desarrollo de una empresa, fábrica o instituto de educación, espera conseguir determinados resultados en pos de los cuales ha hecho sus planificaciones. Así, todo esquema de trabajo “espera” obtener conclusiones precisas. Todo trabajo diseña, de antemano, “el perfil” de quien debe ocupar ese puesto en función de lo que se desea conseguir.

Este tipo de pensar se mueve en círculos, es un pensar mecánico que posee la fuerza de lo habitual, pero también sufre la falta de plasticidad y la fijeza que lo empobrece. El pensar

calculador es un tipo de pensamiento; claro es que, si a él nos circunscribimos podríamos llegar a decir que “nunca se ha pensado tanto”<sup>7</sup>.

El pensar calculador está unido a la instantaneidad, el centelleo del tiempo puntual hace que lo experimentemos como eternamente presente. Todo sucede al mismo tiempo. En la disolución de la dimensión temporal va encajada la información que, al sucederse sin descanso, trae como consecuencia el que estemos siempreinformados... mas no sepamos nada. Lainlbrmaciónresulta ser un pensamiento repetitivo que se da en todos los niveles.

“El pensar calculador no se detiene nunca, no alcanza a meditar”<sup>8</sup>, en su carrera alocada nos obliga a estar continuamente atentos a todo movimiento ajeno, a todo proyecto que se está gestando, a toda investigación que se esté realizando. El pensar calculador es, evidentemente, útil, mas no reflexiona sobre el sentido de esa utilidad. El sentido no aparece, tal vez porque no lo tiene. No queremos con ello decir que este pensar deba descartarse; muy por el contrario, aunque lo intentáramos, no lo podríamos hacer, pertenece a la esencia de la época, es su modo de pensar.

El anhelo nuestro es deslindar claramente los dos tipos de pensar, marcar sus respectivos campos y esferas de influencias, ya que, al hacerlo, detallamos también las características de la época y las de los hombres que en ella viven.

Nos recuerda Heidegger, sin embargo, que el hombre está destinado a pensar. Así como Kant nos había dicho que el hombre poseía la posibilidad de ser racional, pero que debía hacerse tal, también podemos decir que, para nuestro pensador, el hombre debe hacerse pensante, ése es su destino.

Si bien está en nosotros, de hecho, la capacidad de pensar, no significa que la usemos, pues, como muchas otras posibilidades, puede quedar trunca. El hombre, sabemos, ejercita continuamente un tipo de pensar, el calculador, mas raras veces pone en funcionamiento el pensar reflexivo, “l que se detiene junto a las cosas”<sup>9</sup>.

El pensar meditativo exige un esfuerzo mayor, no es espontáneo, necesita adiestramiento y precisa de cualidades especiales tales como “saber esperar”. El meditar supone el esfuerzo de despegarnos de lo común y habitual, de lanzarnos a la búsqueda de lo nuevo, de ejercitarnos en la práctica, de comenzar todos los días nuevamente, de seguir un camino que no sabemos a dónde nos lleva, de adentrarnos, en fin, en la aventura del pensar.

Tal vez este esfuerzo nos entregue algo, pero nos exigirá esperar. El tiempo que está unido al pensar meditativo está cargado de premoniciones, de anuncios prometedores, pero que, tal vez, no lleguen a cristalizarse nunca y nos dejen el sabor amargo de lo que nunca pudo

---

<sup>7</sup> Heidegger, *Serenidad*.

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> *Ibid.*

ser. Mas el pensar reflexivo nos exige continuar una y oír a vez, pues en ello consiste la meditación, en la imposibilidad de contentarse con lo hallado y en esperar el fruto, así como el árbol espera al suyo.

¿La espera lo es del resultado o de un nuevo camino? No lo sabemos, ya que a todo lo meditado debemos añadir siempre lo que aún no hemos hecho.

No creamos que, como resultado de determinada labor académica –ya sean en ciencias o en humanidades- se dé el pensar meditativo. No. Dicho pensar exige mucho más que la mera información y repetición, nos conmina a una nueva mirada con desusada perspectiva. Nos impulsa a que soltemos las amarras de lo ya transitado y libemos hasta el fondo el néctar de lo nuevo. No nos pide sino ojos inquietos y atentos, convencidos del merecimiento del esfuerzo que impone el extraño camino.

Empero el hombre actual huye de este tipo de pensar y, en esta huida nos revela su esencia. El hombre contemporáneo prefiere la solución fácil, ya previamente digerida y elaborada por otros... que también hacen lo mismo. ¡Es tan descansado y seguro opinar como todos opinan! ¡Es tan seguro asegurar lo que todos aseguran! Si hasta el hombre actual cree pensar cuando los demás piensan, con lo cual se revela que no hace más que seguir el hilo de pensamientos de otros.

La uniformidad del pensamiento lo ha nivelado hasta absorber la vida de todos en la vida de los otros, al punto de que las sorpresas y las novedades de los demás... son las suyas.

El hombre actual ha perdido la riqueza de lo humano.

### **El hombre como objeto**

La pérdida de orientación del hombre contemporáneo tal vez se deba a que, de resultas de las circunstancias apuntadas, se ha quedado sin mundo. Lo que toma por tal es el fingido mundo que, por pertenecer a todos, no es de ninguno.

Las redes de relaciones que conforman lo que llamamos mundo y que abren al mismo tiempo la diversidad de lo humano y el iridiscente refulgir de los fenómenos, se han apagado. Este alejamiento entre ambos se produjo por dos razones: en primer lugar lo que podríamos llamar la inversión del eje o sentido del mundo, ya que el hombre se ha convertido en satélite de las cosas, gira alrededor de ellas intentando apropiárselas, alcanzarlas, gozarlas. Su mundo ha dejado de ser tal pues se ha transformado en el **mundo de las cosas**, son ellas las que han tomado la delantera. El mundo ya no es un mundo humano — cualquiera que pudiera ser—, sino un **uniforme mundo de objetos**, en el que las cosas reinan. Tal vez deberíamos llamarlo un a-mundo. Y éste está conformado por la televisión, la radio, diarios, revistas, videos, etc., que, al arrebatarle al hombre su tiempo le han impuesto el suyo. Empero el tiempo de las cosas no es tiempo sino fugacidad del instante, nacen para, inmediatamente, morir. El cambio es su meta.



El destino histórico del hombre parece consistir en estar alienado respecto de sí mismo. El hombre no conoce al hombre pues ha perdido todos sus referentes propios y los ha suplantado por las cosas.

“La decadencia espiritual de la tierra ha ido tan lejos que los pueblos están amenazados por perder la última fuerza del espíritu, la que todavía permitiría ver y apreciar la decadencia como tal (pensada en relación con el destino del ser). Esta simple comprobación no tiene nada que ver con el pesimismo cultural, ni tampoco, como es obvio, con el optimismo. En efecto, el oscurecimiento del mundo, la huida de los dioses, la destrucción de la tierra, la masificación del hombre, la sospecha insidiosa contra todo lo creador y libre, ha alcanzado en todo el planeta tales dimensiones que categorías tan pueriles como las de pesimismo y de optimismo se convirtieron, desde hace tiempo, en risibles”<sup>10</sup>.

El mundo se ha transformado en un objeto sometido al pensar calculador y el hombre ha adquirido las mismas características.

En el hombre actual todo está bajo el imperio de lo calculable y su vértigo se ha apoderado de él. No ha sabido separar los objetos que necesitan ser sometidos a medición de aquéllos que requieren otro espacio para florecer y ha inundado sus relaciones, sus lazos humanos con el estigma del cálculo. Es así que hasta somete a análisis a sus sentimientos, los desmenuza y observa —como si fueran de otro—, inquiere siempre por la conveniencia o no de determinadas relaciones, supedita al cálculo previsible sus propias convicciones. ¿Es conveniente o no entablar determinadas relaciones? ¿Qué rédito obtendré si realizo esto?, son preguntas cotidianas.

Sin embargo es claro que en este torbellino el hombre se ha transformado en un objeto más al aplicarse los mismos esquemas que utilizó para los entes. La visión técnica de la realidad lo confundió con los objetos de uso diario. Él es, ahora, uno más de la lista.

La indistinción entre el hombre y los entes produjo el mundo técnico y el hombre objeto. Esta consecuencia es la segunda razón que buscábamos para— si podemos— echar algo de luz en el mundo contemporáneo. Ya que el verdadero problema no reside en la tecnificación del mundo, ni en la provocación de los objetos técnicos hacia el hombre y que lo lleva al constante mejoramiento de ellos. Ni siquiera es la servidumbre del hombre hacia los objetos el eje de la cuestión. Sí —creemos— lo es su modo de concebirse.

Hemos visto que —inadvertidamente— el hombre se ha sometido a la ley del objeto sometiéndose a la predicción y al cálculo. Tal vez lo haya llevado a ello el pensamiento nivelador de lo “matemático” propio de la modernidad. Tal vez, debamos concluir que el hombre no estaba preparado para ello. Al concebir el mundo como imagen el hombre se encandiló y aplicó el mismo esquema — que tan buenos resultados le había dado— para sí mismo, y se convirtió en imagen de hombre.

---

<sup>10</sup> Heidegger, *Introducción a la metafísica*, trad. E. Estiú, Nova. Buenos Aires, 1956, p. 73.

El hombre de nuestro tiempo no se ha detenido, todavía, a meditar. Lo que ha ganado y lo que ha perdido en esta transformación no es para él, aún, tema de preocupación. No se ha animado a hacer un alto, a recuperar su propia historia. Se ha dejado arrastrar y ha perdido el “arraigo de las obras humanas”<sup>11</sup>.

¿Podrá el hombre conservar su condición humana o lo inmovilizará la pétrea, gorgónica visión de los objetos?

Si logramos acudir al pensamiento meditativo, el que se acerca a las cosas mas no las invade, el que intenta desentrañar su oculto meollo, tal vez, entonces, el hombre vuelva a desarrollarse armónicamente y a ensayar una nueva distancia con las cosas y consigo mismo.

### **Serenidad y misterio**

La serenidad ante las cosas y la apertura al misterio, vivencias concomitantes, es la salida que el maestro alemán nos propone.

Serenidad en el uso de todo lo técnico ya que de ello dependemos —y no podría ser de otra manera—, calma para no dejarnos acaparar por su tentadora eficacia. Si, en cambio, afirmamos la omnipotencia de lo técnico seremos, también nosotros, un objeto técnico más. Serenidad, nos pide Heidegger, para enfrentarnos a los entes, para hacer una escala en ellos y volver a contemplarlos. Tal vez el pensamiento de que no todo es técnico en la vida humana comience a florecer.

Debemos aprender nuevamente a ver, y, así, se nos mostrará, paradójicamente, el misterio de lo que es. Quizá debamos atrevernos a intentar una nueva mirada, límpida y auscultante, frente a las cosas.

La profunda riqueza de lo humano resurgirá en cuanto preguntemos nuevamente por ellas. La meditación esencial será proporcionada, quizá, por el arte.

Una pequeña acotación nos ayudará.

Volver a mirar, enseñar a ver, era la idea que los impresionistas cultivaban. Con ella “volvieron a ver las sombras a la distancia”; así, la luz y el espacio, que estaban presentes pero no se veían, tuvieron su claro puesto y las sombras, azules se volvieron. Mientras todos pensaban —con el pensamiento prejuicioso que los años vuelven fijos— que las sombras eran realmente negras y no podían ser de otra manera, los impresionistas nos enseñaron a ver, desocultaron lo que, de tan cerca que estaba, no lo teníamos en cuenta. Revelaron al objeto, mostraron una nueva cara de su oculta esencia. Nos abrieron a su misterio.

---

<sup>11</sup> Heidegger, *Serenidad*.

Detenernos junto a las cosas significa esperar que nos desvelen lo que realmente son, escondido, ahora, por la capa espesa que el pensamiento calculador derramó sobre ellas.

Esperemos lo distinto, atrevámonos a esperar y a ejercitar la espera de lo misterioso que se oculta en los entes.

Tai vez sea ésta la senda pues a todos los hombres les es dado vivir ese instante único donde todo aparece bajo una luz distinta, ese momento en que In mirada atisba la cara oculta de los entes.

La posibilidad de lo distinto está en la alegría transformadora, cuando “las cosas se hallan en torno de nosotros como si las viésemos por primera vez”<sup>12</sup>, es el instante del “júbilo del corazón” que derrama su mirada reveladora por la que vemos todo color de rosa; también la posibilidad se insinúa en el aburrimiento, hondo y profundo en el que el gris de la mediocridad inunda todas las cosas y las desluce, transformándolas al borrar en ellas todo relieve, la chatura del horizonte que ese instante revela es propicia para volver a preguntar ¿por qué?; la misma pregunta está latente en los momentos de “gran desesperación, cuando las cosas pierden peso y se oscurece cualquier sentido”, el negro de nuestro mirar oculta las significaciones habituales y apunta a una nueva salida, a una nueva senda.

Estos tres momentos o temples de ánimo —que todos los hombres viven, por lo menos, algunos de ellos cierta vez en su vida— posibilitan el lanzamiento de la pregunta por el sentido, por el por qué, que late como anuncio premonitor del cambio posible. Claro está que el afán nivelador de lo impersonal nos arrincona inmediatamente en su campo. El refugio en lo sabido por todos y en lo que siempre es así (pues la vida no es de otro modo), impiden la pregunta iluminadora de un nuevo camino. El instante —que pudo ser revelador— se volvió habitual y seguimos transitando el sendero de todos los días.

Sin embargo los temples de ánimo pertenecen a nuestra más íntima peculiaridad, están siempre ahí. Tal vez nos falte solamente adentrarnos en nosotros mismos, desligarnos de los lazos férreos del impersonal e intentar la salida de la transitada vía. Quizás alzando los ojos los entes se nos muestren iluminados por el sol de la nueva mirada, avistadora augural del oculto sentido.

Mas donde hay peligro —nos dice Hölderlin— crece también lo salvador. “¿En qué medida, allí donde hay peligro crece también lo salvador? Donde algo crece, allí echa raíces, a partir de allí se desarrolla. Ambas cosas acontecen ocultamente y en calma y a su tiempo...”.

“En el comienzo del destino occidental, las artes se elevaron en Grecia hasta la máxima altura del desocultar que les fue otorgado. Hicieron resplandecer la presencia de los dioses (...) el diálogo del destino humano y divino (...) Fue un único, múltiple desocultar (...) Las

---

<sup>12</sup> 12 Heidegger, *Introducción a la metafísica*, p. 37.

artes no surgieron de lo 'artístico' (*Artistischen*). Las obras de arte no fueron estéticamente gozadas. El arte no era sector de creación cultural”.

“¿Qué era el arte? ¿Quizá sólo por breves, pero altos tiempos? ¿Por qué llevó el sencillo nombre de τέχνη?

Porque era un desocultar pro-ductor...”

“Las bellas artes, ¿debieran ser convocadas (...) para que protejan propiamente el crecimiento de lo salvador y vuelvan a despertar y fundar la mirada hacia lo que otorga y la confianza en éste?

“Si esta suprema posibilidad de su esencia le es otorgada al arte en medio del extremo peligro, nadie puede saberlo. No obstante, podemos asombrarnos (...) de la posibilidad”.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> Heidegger, *Die Frage nach der Technik (La pregunta por la técnica)*, trad. cit., pp. 27-29.